FÉRIA. — El Rey está muy ocupado, y nadie puede verle.

PRINCESA. — ¿Está firmando la terrible sentencia?... Está engañado; quiero probarle que está engañado.

DOMINGO. — (*La llama, haciéndole una seña.*) ¿Princesa de Éboli?

PRINCESA. — (*Dirigiéndose á él.*) ¡Ah! ¿vos aquí, padre?... Me alegro, porque precisamente os necesito; me apoyareis. (*Coge su mano, y quiere conducirle al gabinete.*)

DOMINGO. — ¡A mí! ¿Estais loca, Princesa?

FÉRIA. — Aguardad; el Rey no está ahora para oiros.

PRINCESA. — Pues es fuerza que me oiga; que oiga la verdad, aunque fuera diez veces dios.

DOMINGO. — Salid; salid; lo arriesgais todo. Aguardad.

PRINCESA. — Tiembla tú, miserable criatura, ante la cólera de tu ídolo; yo, no tengo nada que arriesgar. (*En el mismo instante en que va á entrar en el gabinete, sale de él el Duque de Alba.*)

ALBA. — (*Radiante de triunfo, corre hácia Domingo y le abraza.*) Mandad que canten un *Tedeum* en todas las iglesias; nuestra es la victoria.

DOMINGO. — ¿Nuestra?

ALBA. — (*A Domingo y á los demas.*) Entrad ahora á ver al Rey, y os diré lo demas.

ACTO V.

ESCENA PRIMERA.

Habitacion del palacio del Rey, que una verja de hierro separa de un patio donde los centinelas pasean á lo largo.

(CÁRLOS sentado delante de una mesa con la cabeza sobre los brazos como si durmiera. En el fondo algunos oficiales encerrados con él. El MARQUES DE POSA se adelanta sin que Cárlos le vea y habla en voz baja con los oficiales que se alejan inmediatamente. Se coloca delante de Cárlos y le contempla un rato en silencio y con tristeza. Por fin, hace un gesto que despierta al Príncipe. Cárlos se levanta, le ve y parece asustarse; le mira despues fijamente y pasa la mano sobre su frente como si intentara recordar algo.)

MARQUES.

SOY yo, Cárlos.

CARLOS. — (*Dándole la mano.*) Vuelves todavía á verme. Bella accion por tu parte.

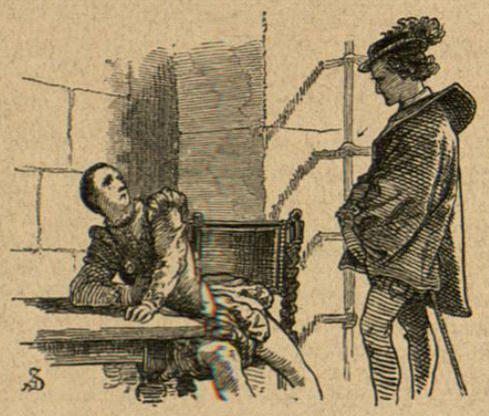
MARQUES. — He pensado que aquí podrias necesitar un amigo.

CARLOS. — ¿Verdad, has pensado esto? Mira, me das una alegría... una alegría indecible. Ya sabia bien que seguirias siendo bueno para conmigo.

MARQUES. — Merezco que tengas de mí esta opinion.

CARLOS. — ¿No es verdad? Veo que nos comprendemos todavía enteramente, y me place; estos miramientos, esta dulzura convienen á dos grandes almas

como la tuya y la mia. Admitamos que una de mis pretensiones haya sido injusta y exagerada; no por esto me rehusarás lo que es justo. La virtud puede ser severa, pero nunca cruel, nunca inhumana. Mucho te ha costado, ¡oh, sí! me lo parece; sé cuánto ha padecido tu tierno corazon, mientras adornabas la víctima para llevarla al altar.



MARQUES. — Pero, Cárlos, ¿qué te has figurado?

CARLOS. — Tú realizarás lo que yo debia y no he podido realizar. Tú darás á los españoles la edad de oro, que en vano han esperado de mí. Porque yo, acabé; acabé para siempre... Tú lo has visto... este amor terrible ha marchitado sin remedio las flores precoces de mi genio... he muerto para sus grandes esperanzas... La Providencia, ó la casualidad, te han colocado cerca del Rey... Lo he pagado con mi secreto que te pertenece; tú puedes ser su ángel protector... ya que para mí no hay salvacion posible, y quizá tampoco para España. Nada hay en todo eso que sea condenable, si no es mi loca ceguedad que me ha impedido ver que eres tan grande como tierno.

MARQUES. — No; yo no habia previsto nada de eso. Yo no habia previsto que la generosidad de un amigo pudiese resultar más ingeniosa que mis prudentes combinaciones. Mi edificio se hunde. Habia olvidado tu corazon.

CARLOS. — Sin duda que si tú le hubieras evitado á ella semejante suerte, yo sintiera por tí inefable gratitud, pues no veo por qué no podia soportarla solo, y debia ser ella la segunda víctima. Pero basta sobre esto, no quiero dirigirte ningun reproche. ¿Qué te importa la Reina? como tú no la amas, claro que no debia preocuparse tu austera virtud de las pequeñas inquietudes de mi amor. Perdóname; he estado injusto.

MARQUES. — Lo estás, pero no por este reproche; si mereciera uno, los mereceria todos, y entonces no me verias así delante de tí. (*Saca una cartera.*) Hé aquí algunas cartas de las que me diste á guardar, tómalas.

CARLOS. — (*Mirando sorprendido y alternativamente, ora las cartas, ora al Marques.*) ¡Cómo!

MARQUES. — Te las devuelvo, porque estarán más seguras en tus manos que en las mias.

CARLOS. — ¿Qué es esto? pues qué... ¿El Rey no las ha leido? ¿No le han sido presentadas?

MARQUES. — ¿Estas cartas?

CARLOS. — ¿Tú no se las has enseñado?

MARQUES. — ¿Quién te ha dicho que yo le haya enseñado una sola?

CARLOS. — (*Estupefacto.*) ¡Es posible! El Conde de Lerma.

MARQUES. — ¿Él te lo ha dicho? ¡Sí! pues bien, todo está aclarado. ¡Quién podia preverlo!... Así, Lerma... No; este hombre no supo nunca mentir; esto será; las otras cartas están en poder del Rey.

CARLOS. — (*Le mira con mudo asombro.*) ¿Por qué me hallo, pues, aquí?

MARQUES.—Por precaucion, para el caso en que por segunda vez se te ocurriera elegir por confidente una Princesa de Éboli.

CARLOS.—(*Como si saliera de un sueño.*) ¡Oh! por fin, ahora lo comprendo todo, todo se aclara para mí.

MARQUES.—(*Yendo hácia la puerta.*) ¿Quién viene?

ESCENA II.

Dichos.—El DUQUE DE ALBA.

ALBA.—(*Se acerca respetuosamente al Príncipe, y durante toda la escena da la espalda al Marques.*) Príncipe, sois libre... El Rey me envia á anunciároslo. (*Cárlos mira al Marques con sorpresa; todos callan.*) Permitid al propio tiempo que me felicite de ser el primero que ha tenido el honor de...

CARLOS.—(*Observa á ambos con extraordinaria sorpresa; despues de una breve pausa, dirigiéndose al Duque.*) He sido arrestado y soy puesto en libertad, sin saber por qué.

ALBA.—Por un error, Príncipe, al cual segun creo ha sido arrastrado el Rey por un impostor.

CARLOS.—Pero yo me encuentro aquí, sin embargo, por órden del Rey.

ALBA.—Sí; por un error de S. M.

CARLOS.—Lo siento mucho, pero si el Rey comete un error, al Rey en persona toca repararlo. (*Busca la mirada del Marques, y se muestra altivo con el Duque.*) Aquí me llaman el hijo de Felipe II, y la calumnia y la curiosidad han clavado en mí sus ojos; lo que S. M. ha hecho por deber, no quiero que se atribuya á su clemencia, y estoy dispuesto por otra parte á presentarme ante el tribunal de las Córtes... No quiero recibir mi espada de estas manos.

ALBA.—El Rey no retardará la satisfaccion de los justos deseos de V. A., y si me lo permitis os llevaré hasta él.

CARLOS.—Me quedo aquí hasta que el Rey ó Madrid me saquen de esta prision. Llevadle esta respuesta. (*Alba se va, y se le ve detenerse en el patio y dar órdenes.*)

ESCENA III.

CÁRLOS.—El MARQUES DE POSA.

CARLOS.—(*Despues de haber salido el Duque, se dirige al Marques manifestando curiosidad y sorpresa.*) Dime ¿qué quiere decir esto? ¿No eres ya ministro?

MARQUES.—Ya ves que he dejado de serlo. (*Dirigiéndose á él con profunda emocion.*) ¡Oh, Cárlos! todo se ha cumplido; todo se ha conseguido; todo ha terminado. Bendito sea el supremo poder que ha permitido que se consiguiera.

CARLOS.—Conseguido... ¿Qué? No comprendo lo que dices.

MARQUES.—(*Asiéndole la mano.*) Estás salvado, Cárlos... Eres libre... Y yo... (*Se detiene.*)

CARLOS.—¿Y tú?

MARQUES.—Yo... yo... te oprimo contra mi corazon; por la primera vez de mi vida tengo perfecto derecho á ello, derecho comprado á costa de cuanto amo. ¡Oh, Cárlos! ¡Cuán grande y tierno es este momento! Estoy satisfecho de mí.

CARLOS.—¡Qué súbita mudanza en tus facciones! Nunca te habia visto así, anhelante tu pecho, henchido de orgullo, fulgurando tus ojos.

MARQUES.—Debemos despedirnos, Cárlos. No temas, sé hombre. Prométeme, Cárlos, que sea lo que quiera lo que sepas, no aumentarás la pena que me causa esta separacion, con inmoderado dolor, indigno de un

alma grande. En muchos años no me verás, Cárlos... Los insensatos dicen nunca. (*Cárlos retira su mano y fija en él los ojos sin responderle.*) Sé hombre; he confiado mucho en tí, y no he temido pasar contigo las siniestras horas que llaman postreras; confieso, por el contrario, que me regocijo de ello. Cárlos... ven, sentémonos, me siento débil y fatigado. (*Se sienta junta á Cárlos que sigue estupefacto, y se deja conducir involuntariamente junto á él.*) ¿Dónde estás? ¿no me respondes? Seré breve. Al dia siguiente de habernos visto por última vez en la Cartuja, el Rey me hizo llamar, y tú sabes, y sabe Madrid, el resultado de la entrevista. Pero lo que tú no sabes es que le habian revelado tus secretos, y tus cartas, halladas en la arquilla de la Reina, deponian contra tí; lo supe de sus propios labios; fuí su confidente. (*Se detiene aguardando la respuesta de Cárlos que persiste en su silencio.*) Sí, Cárlos, hice traicion á mi fe con los labios; yo mismo dirigí la trama para perderte. Los hechos hablaban muy alto y era tarde para justificarte; restábame tan sólo asociarme á su venganza, y me convertí en tu enemigo para servirte mejor. ¿No me escuchas?

CARLOS. — Te escucho: continúa, continúa...

MARQUES. — Hasta aquí yo era inocente, pero bien pronto descubrieron mis planes los desusados resplandores del favor del Rey, y llegó hasta tí el rumor de lo que ocurria, como habia previsto. Fascinado por falso cariño, cegado por mi orgullosa presuncion, queria terminar sin tí la osada empresa, y ocultaba á tu amistad mi peligroso secreto. Cometí una gran imprudencia, una falta grave; lo sé. Abrigaba una loca confianza: perdona; hubiera sido fundada, si la eterna firmeza de tu amistad... (*Pausa; Cárlos pasa de la estupefaccion á una violenta agitacion.*) Sucedió lo que temia. Te hicieron temblar, suponiendo imaginarios peligros... La Reina bañada en su propia sangre... retumbando en palacio un grito de terror... el desgraciado celo de Lerma... en fin, mi inconcebible silencio, todo agita y sobrecoge tu corazon... Vacilas... Me crees perdido... Demasiado noble, sin embargo, para dudar de la lealtad de tu amigo, decoras su caida con el nombre de grandeza, y sólo te atreves á llamarle infiel cuando puedes honrarle por su infidelidad. Abandonado de tu único amigo, te arrojas en los brazos de la Princesa de Éboli... ¡Desdichado! en los brazos del demonio; porque ella fué quien te hizo traicion. (*Cárlos se levanta.*) Te ví correr hácia ella; te seguí llevado de fatal presentimiento que cruza por mi alma; era ya tarde, estabas á sus piés; la confesion iba á salir de tus labios... No habia salvacion para tí...

CARLOS. — No, no; estaba conmovida. Te engañas, estaba conmovida.

MARQUES. — Entonces mis sentidos se perturban... Nada... Ni una salida... Ningun socorro en la tierra. La desesperacion me convierte en una furia, en una bestia feroz, y amenazo con el puñal el pecho de una mujer. Pero aquí brilla á mis ojos un rayo de luz; ¡si engañara al Rey! ¡Si pudiese pasar yo por culpable! Poco importa que esto sea verosímil ó no; para él basta; para el rey Felipe, el mal es siempre verosímil. Sea, probaré; tal vez un rayo hiriendo súbitamente al tirano, le hará tambalear. ¿Qué puedo desear más? Reflexionaré, y Cárlos tendrá tiempo para huir á Brabante.

CARLOS. — ¿Y lo hubieras llevado á cabo?

MARQUES. — Inmediatamente escribí á Guillermo de Orange, diciéndole que amo á la Reina y que, burlando la desconfianza del Rey con las falsas sospechas que pesan sobre tí, hallé por medio del mismo Felipe el modo de acercarme libremente á su esposa. Añadia ademas: Temo ser descubierto, pues Cárlos ha conocido mi pasion y recurrió á la Princesa de Éboli, sin

duda para que advirtiera á la Reina que yo le habia mandado prender, y ahora queria huir á Bruselas, viéndolo todo perdido... Esta carta...

CARLOS.—(*Interrumpiéndole con espanto.*) ¿ Y has confiado esta carta al correo ? ¿Olvidas que las cartas para Brabante y Flandes...

MARQUES. — Van á manos del Rey... Por lo que veo, Taxis ha cumplido la órden.

CARLOS. — ¡ Dios mio ! ¡ soy perdido !

MARQUES. —¿ Tú ? ¿ Y por qué tú ?

CARLOS.— ¡ Desgraciado ! y tú conmigo. Mi padre no perdonará jamas esta monstruosa impostura. No la perdonará jamas...

MARQUES.— ¡ Impostura ! Tú no adviertes... observa una cosa : ¿ quién le dirá que es una impostura ?

CARLOS.—(*Mirándole fijamente.*) ¿ Quién ? Y tú lo preguntas. Yo mismo. (*Hace que se va.*)

MARQUES. —Eres un insensato ; aguarda.

CARLOS. — ¡ Aparta ! ¡ aparta ! ¡ En nombre del cielo! no me detengas ; entre tanto, él prepara ya sus verdugos.

MARQUES.— El tiempo es más precioso pues, porque tenemos mucho que decirnos todavía.

CARLOS. — ¡ Qué ! Antes que él haya... (*Intenta irse, el Marques le coge por un brazo y le mira con expresion.*)

MARQUES.— Oye... Cárlos... ¿ Me apresuré yo de este modo, mostré tan escrupulosa sensibilidad, cuando siendo niños vertiste tu sangre por mí ?

CARLOS. —(*Inmóvil y vivamente admirado.*) ¡ Oh ! ¡Providencia divina !

MARQUES. — Consérvate para Flandes. Reinar es tu destino ; morir por tí, el mio.

CARLOS. —(*Cogiéndole la mano con profunda emocion.*) ¡ No ! ¡ no ! no podras resistir... ¡No podrás resistir á tal grandeza ! Quiero conducirte á él ; tu brazo en el mio, vamos á su encuentro. Padre mio, le diré ; hé aquí lo

que un amigo ha hecho por su amigo, y esta accion le conmoverá. Créeme, mi padre no es inhumano. Sí ; esta accion le conmoverá, brotará de sus ojos generoso llanto y te perdonará á tí y á mí. (*Suena un tiro de arcabuz á traves de la verja. Cárlos se estremece.*) ¡ Ah ! ¿ á quién va dirigido ?

MARQUES. — A mí, creo. (*Cae.*)

CARLOS. —(*Cayendo junto á él, lanzando un grito de dolor.*) ¡ Oh, misericordia celeste !

MARQUES. —(*Con voz agonizante.*) Muy diligente es el Rey... Esperaba que tardaria más... Piensa en tu seguridad... Oye... en tu seguridad... Tu madre lo sabe todo... no puedo más...

(Cárlos sigue como muerto junto al Marques. Despues de algunos instantes sale el Rey acompañado de los grandes y retrocede ante semejante espectáculo. Silencio general y profundo. Los Grandes forman semicírculo al rededor del Rey y de su hijo y miran alternativamente á uno y otro. Cárlos no da señales de vida y el Rey le contempla mudo y pensativo.)

ESCENA IV.

El REY.—CÁRLOS.—Los DUQUES DE ALBA.—FÉRIA.—MEDINA-SIDONIA.—El PRÍNCIPE DE PARMA.—El CONDE DE LERMA. —DOMINGO y Grandes de España.

REY. —(*Con bondad.*) Tu súplica ha sido atendida, hijo mio, y vengo yo mismo aquí con todos los grandes de España á anunciarte la libertad. (*Cárlos mira en torno suyo como si saliera de un sueño, dirigiendo alternativamente la mirada al Rey y al muerto sin responder.*) Recibe tu espada ; se ha obrado con excesiva precipitacion. (*Se acerca á él, le tiende la mano y ayuda á levantarle.*) Mi hijo no está en su lugar ; levántate y ven á los brazos de tu padre.

CARLOS. — (*Se apoya distraido en el brazo del Rey, pero de repente vuelve en sí, se detiene y clava en él su mirada.*)

No puedo abrazarte; traes contigo el hedor del asesinato. (*Le rechaza; todos los grandes se turban.*) No; no os espanteis; he sido ungido con el óleo del Señor y no debeis temer nada, porque no pondré la mano sobre él. Mirad esta marca de fuego sobre su frente; Dios le ha marcado.

REY. — (*Volviéndose para irse.*) Seguidme, caballeros.

CARLOS. — ¿A dónde? No saldreis de aquí. (*Le detiene con fuerza. Inadvertidamente pone la mano en la espada que el Rey le traia y la desenvaina.*)

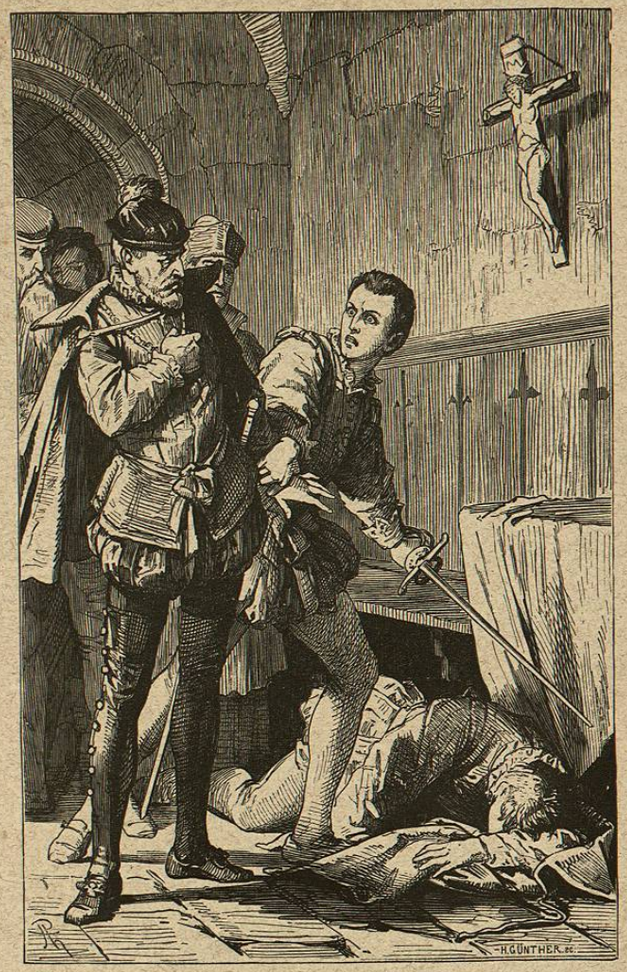
REY. — ¡Desenvainas la espada contra tu padre!

LOS GRANDES. — (*Sacando la suya.*) ¡Regicida!

CARLOS. — (*Cogiendo al Rey con una mano y con la espada desnuda en la otra.*) Envainad vuestras espadas. ¿Qué quereis? ¿Os figurais acaso que deliro? No deliro, no. Si así fuera, hariais mal en recordarme que su vida depende de la punta de esta espada. Os lo ruego, alejaos, que el estado en que me encuentro merece respeto. Retiraos pues, porque cuanto he de tratar con el Rey nada tiene que ver con vuestros deberes de vasallos. Mirad tan sólo cómo sus dedos gotean sangre, mirad, ¿veis? ¡Oh! ¿Veis á este lado? ved lo que ha hecho ese hombre, hábil por excelencia.

REY. — (*A los grandes que le cercan con inquietud.*) Retiraos, ¿por qué temblais? ¿no somos por ventura padre é hijo? Quiero ver á qué vergonzosa accion la naturaleza...

CARLOS. — ¡La naturaleza! La desconozco. Este asesinato es ya la sentencia definitiva y los lazos de la humanidad se han roto para siempre; pues si tú mismo, señor, los has roto en tu reino, ¿cómo puedo respetar lo que tú desprecias? ¡Mirad, mirad; hasta hoy no se habia cometido todavía un asesinato! ¿No hay Dios por ventura? ¡Qué! ¿los reyes pueden trastornar su creacion? ¿No hay Dios, repito? Desde que



Muerte del Marques de Posa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

las madres conciben, no ha existido un solo hombre, uno solo que haya merecido menos la muerte.... ¿Sabes tú lo que has hecho? No; él no lo sabe, él no sabe que ha privado al mundo de una existencia más importante, más noble, más preciosa que la suya y todas las de su siglo.

REY. —(*Con ternura.*) Si obré con precipitacion, ¿corresponde á tí, á tí por quien lo hice, el pedirme cuentas?

CARLOS. —¡Cómo! ¿Es posible? ¿vos no adivinais lo que era para mí este hombre que ha muerto? ¡Decídselo!... Venid en ayuda de su ciencia suprema para explicarle este enigma. Este hombre era mi amigo... ¿Y sabeis por quién ha muerto? Pues ha muerto por mí.

REY.—¡Ah, lo presentia!

CARLOS. — Perdóname, sombra ensangrentada, si profano este misterio ante tales oyentes. Sucumba á su vergüenza este gran conocedor de los hombres viendo burlada su malicia de anciano por la penetracion de un jóven. Sí, señor; éramos hermanos; hermanos unidos con más noble lazo del que forma la naturaleza; el amor llenó el espacio de su vida: y su noble, su bella muerte, sólo se debió al amor que me tenia. Adicto me fué mientras os engrandeció con su estimacion; mientras su elocuencia se mofaba de vuestro inmenso orgullo. Creiais dominarle, y erais el dócil instrumento de sus sublimes proyectos. Mi prision es la obra de su prudente amistad, y para salvarme, escribió la carta al Príncipe de Orange... Era la primera mentira de su vida. Para salvarme se arrojó á la muerte y la sufrió por mí. Le concediais vuestro favor y ha muerto por mí. Le entregabais vuestro corazon y vuestra amistad, y el cetro real era en sus manos un juguete; lo arrojó, y ha muerto por mí. *(El Rey permanece inmóvil y con los ojos bajos; los Grandes le miran con sorpresa y espanto.)* ¿Era esto posible? ¿Po-

diais creer en tan grosera farsa? ¡Cuán poco debia de estimaros, cuando os tendia tan grosero lazo! ¡Osasteis solicitar su amistad y cedisteis á tan ligera prueba! ¡Oh, no, no! No era un hombre para vos. Nada poseia para vos. Bien lo sabia, cuando os desdeñó con todas vuestras coronas. Esta lira delicada debia quebrarse entre vuestras manos de hierro, y no podiais hacer con él otra cosa que matarle.

ALBA.—(*Que no ha apartado los ojos del Rey, y observa con visible inquietua que está demudado, se acerca á él con temor.*) Señor, no guardeis este silencio de muerte: tended en torno la mirada y habladnos.

CARLOS.—No le erais indiferente: de mucho tiempo se interesaba por vos, y tal vez desterrado, os hubiera podido hacer feliz. Su corazon era bastante rico para satisfaceros con sus sobrantes, y una chispa de su genio os hubiera convertido en un dios... Os habeis despojado vos mismo y me habeis despojado á mí. ¿Dónde hallareis un alma como la suya para reemplazarla? (*Profundo silencio; algunos Grandes vuelven los ojos y otros se cubren el rostro con las capas.*) Vosotros, vosotros que estais aquí reunidos, mudos de horror y admiracion, no condeneis al hijo que habla con tal lenguaje á su padre y á su Rey. Miradle; ha muerto por mí. Si guardais lágrimas aún, si no corre por vuestras venas bronce derretido en vez de sangre, mirad y no me condeneis. (*Dirigiéndose al Rey con más moderacion y calma.*) Tal vez aguardais cómo acabará esta monstruosa aventura. Tomad mi espada; sois de nuevo mi Rey. Os figurais que he de temblar ante vuestra venganza. Matadme, como habeis muerto al hombre más noble de la tierra... Soy culpable; lo sé... ¡ni qué me importa ya la vida! Renuncio á cuanto me aguarda en el mundo. Buscad un hijo entre los extranjeros... Aquí están mis reinos.

(Cae junto al cadáver del Marques y no toma parte alguna en el resto de la escena. Se oye con intervalos y á lo lejos rumor confuso de voces y tumulto. Reina profundo silencio en torno del Rey, quien tiende una mirada á los Grandes sin que ellos se la devuelvan.)

REY.—Nadie quiere responder; todos con los ojos clavados en el suelo y velado el rostro. Habeis pronunciado mi sentencia escrita para mí en vuestros mudos semblantes. Mis vasallos me han juzgado.

(Sigue el silencio, el tumulto se acerca y crece. Los Grandes murmuran entre sí y se hacen signos. El Conde de Lerma empuja suavemente al Duque de Alba.)

LERMA.—Parece una asonada.

ALBA.—(*En voz baja.*) Lo temo.

LERMA.—Se apresuran, llegan.

ESCENA V.

Dichos.—Un Oficial de guardias.

OFICIAL.—(*Entrando.*) ¡Un motin! ¿Dónde está el Rey? (*Se abre paso á traves del grupo hasta llegar junto al Rey.*) Madrid entero está levantado en armas, y las tropas y el pueblo enfurecidos, rodean el palacio. Dicen que el Príncipe Cárlos se halla preso y su vida en peligro, y el pueblo quiere verle vivo ó pegará fuego á Madrid.

LOS GRANDES.—(*Con agitacion.*) Salvad, salvad al Rey.

ALBA.—(*Al Rey que sigue sereno é inmóvil.*) Huid, señor, hay peligro; no sabemos todavía quién arma al pueblo...

REY.—(*Saliendo de su estupor alzando la frente se adelanta con majestad en medio de ellos.*) ¿Acaso mi trono subsiste todavía? ¿Soy todavía el Rey de esta nacion? No, no lo soy ya. Llorais, ¡cobardes! enternecidos por la voz de un niño, y sólo aguardais la señal para abandonarme, víctima de la traicion de los rebeldes.

ALBA.— ¡ Qué terrible pensamiento, señor !

REY.— Id, id á prosternaros á las plantas de este Rey jóven y floreciente ; yo ya no soy más que un viejo sin fuerzas.

ALBA.— A este punto han llegado las cosas ; ¡ españoles !

(Todos se agrupan junto al Rey y desenvainando las espadas se arrodillan ante él. Cárlos permanece solo y abandonado junto al cadáver del Marques.)

REY.— (*Se arranca el manto y lo arroja lejos de sí.*) Cubridlo con las insignias reales y alzadlo sobre mi cadáver, hollado á vuestras plantas. (*Cae desmayado en brazos de Lerma y Alba.*)

LERMA. — ¡ Socorro, Dios mio !

FÉRIA.— ¡ Qué catástrofe !

LERMA. — Vuelve en sí.

ALBA. — (*Deja al Rey en manos de Lerma y de Féria.*) Llevadle á su lecho, mientras voy á devolver la paz á Madrid. (*Vase y los demas con el Rey.*)

ESCENA VI.

CÁRLOS. — (Sigue junto al cadáver de Posa. — Algunos instantes despues, sale LUIS MERCADO, mira con precaucion en torno suyo, y queda un rato silencioso detras del Príncipe que no le ve.)

MERCADO. — Vengo de parte de S. M. la Reina (*Cárlos vuelve los ojos sin responder*); mi nombre es Mercado, y soy médico de S. M., ved mis credenciales. (*Enseña al Príncipe un anillo ; Cárlos continúa en silencio.*) La Reina desea vivamente hablaros hoy mismo.... Asuntos importantes...

CARLOS. — Ya no hay nada importante para mí en este mundo.

MERCADO. — Ha de hablaros de una comision que recibió del Marques de Posa.

CARLOS. — (*Con viveza.*) ¡ Ah ! voy en seguida. (*Hace que se va con él.*)

MERCADO. — No ahora, Príncipe ; es preciso aguardar á la noche ; todos los caminos están ocupados y dobladas las guardias, de modo que es imposible entrar sin ser visto en esta parte del palacio ; seria aventurarlo todo.

CARLOS. — Pero...

MERCADO. — Queda un medio todavía, Príncipe ; la Reina ha pensado en él y os lo propone, pero es osado, extraño y arriesgado.

CARLOS. — ¿ Y es ?

MERCADO. — Vos sabeis que de mucho tiempo corre la tradicion, de que á media noche, bajo las bóvedas subterráneas de este palacio, vaga la sombra del Emperador, vestido con un hábito de monje. El pueblo lo cree, y hasta los guardias ocupan su puesto atemorizados. Si estais resuelto á serviros de este disfraz, podreis discurrir libremente por delante de los centinelas, y llegar á la habitacion de la Reina, que os abrirá esta llave. El hábito religioso os garantiza todo inconveniente, pero debeis decidiros ahora. Hallareis en vuestro cuarto el antifaz y el vestido necesario. Yo debo llevar inmediatamente la respuesta á la Reina.

CARLOS. — ¿ Y á qué hora ?

MERCADO. — A media noche.

CARLOS. — Decidle que me aguarde.

(*Vase Mercado.*)

ESCENA VII.

CÁRLOS y el CONDE DE LERMA.

LERMA. — Huid, Príncipe ; el Rey está enfurecido contra vos, y atentará á vuestra libertad si no á vues-